

## Discurso del Dr. Vicente Valdivieso D.

*Profesor Titular de Medicina. Jefe de la División de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.  
Otros datos biográficos, ver en REMUC 10/92, p. 173.*

Se me ha concedido el honor de hacer el elogio de mi profesor, compañero y amigo Salvador Vial, con motivo de su nombramiento como Profesor Emérito de la Facultad de Medicina.

En esta solemne ocasión, el Cuerpo de Profesores se reúne con el triple fin de reconocer sus méritos académicos, agradecer sus servicios a la Escuela, a la Universidad y a la Medicina chilena y destacar la personalidad que hizo posible tan fructífera carrera.

Resumir los méritos académicos acumulados por el Dr. Vial en sus 46 años de profesor de esta Universidad no es tarea fácil: obliga a seleccionar sólo algunos de ellos, sabiendo que se dejarán muchos por mencionar.

Su carrera académica se inició en 1948; siendo alumno de tercer año de nuestra Escuela fue nombrado ayudante del curso de Fisiología del Dr. Héctor Croxatto. Participó activamente en la docencia y en la investigación de ese laboratorio por cerca de veinte años y continuó haciendo clases de Fisiología renal durante diez años más. En 1953 se inició en la docencia clínica como ayudante del Dr. Ramón Ortúzar. En 1956 fue becado por la Fundación Rockefeller a la Washington University de St. Louis y luego a la Universidad de Columbia en Nueva York. En ambas tuvo oportunidad de trabajar con destacados profesores de Medicina y Nefrología, los doctores Henry Schroeder y Stanley Bradley. Su contacto con la excelente Medicina académica de ambos centros reforzó su vocación universitaria y en muchos aspectos le sirvió de modelo para impulsar más tarde el desarrollo de nuestra Escuela.

En 1967, el Dr. Vial inició su primer período como Director de la Escuela de Medicina. A pesar de sus múltiples obligaciones administrativas mantuvo su participación en la docencia y su interés por la investigación. Así lo atestiguan sus trabajos acerca de la función renal en la

desnutrición infantil y sobre la morfología y función del riñón en la glomerulonefritis aguda del niño. Ambos dieron origen a excelentes publicaciones, realizadas en colaboración con los profesores Patricio Donoso L., de la Universidad de Chile, y John Pomeroy, de la Universidad de Concepción. Sus autores demostraron que con creatividad y entusiasmo se pueden sacar adelante proyectos multicéntricos de excelente nivel sin que surjan las rivalidades y conflictos de interés tan comunes de observar en nuestro medio.

En 1963 se creó la Sociedad Chilena de Nefrología. El Dr. Vial fue uno de sus socios fundadores y la presidió entre 1973 y 1975. Pero el mayor servicio prestado a su especialidad fue su incansable actividad como tutor de residentes de Nefrología, la que se extendió por más de 30 años. Formar discípulos es una de las actividades más nobles y propias de un profesor universitario. No consiste sólo en la diaria tarea de enseñar la ciencia y el arte: más importante es saber compartir generosamente inquietudes y proyectos; crear vínculos personales que enriquecen al discípulo, catalizan su crecimiento intelectual y le ayudan a descubrir y a desarrollar sus propias aptitudes, aunque sean muy diferentes de las de su maestro. El Dr. Vial hizo escuela formando nefrólogos, e incluso se preocupó de obtener para algunos de ellos la oportunidad de seguir sus estudios en el extranjero. Hoy, varios ocupan destacados lugares en la Nefrología chilena.

Es esta, también, una ocasión propicia para expresar a Salvador Vial el agradecimiento de la Facultad por su extraordinaria gestión en la administración académica.

La Escuela de Medicina actual no se podría concebir sin el esfuerzo creativo y de organización realizado por Salvador durante los nueve años en que la dirigió con ejemplar dedicación y generosa entrega. Entre los múltiples logros de

esos años cabe señalar que el Dr. Vial fue el gestor de nuestra primera estructura departamental, la que permitió un notable desarrollo de las especialidades, tanto en sus aspectos científicos como tecnológicos. Junto con la creación de los departamentos se discutió y promulgó el reglamento de la Escuela, notable por su claridad y realismo y que en sus líneas gruesas perdura todavía; se reorganizó la docencia de pregrado con la participación de todos los profesores y se dio un gran impulso a los programas de postítulo en múltiples especialidades. También me parece muy importante recordar que en 1976 la Escuela obtuvo de la Dirección Superior una amplia autonomía en el manejo económico, que le permitió acelerar su desarrollo al disponer de los recursos generados por la venta de servicios del hospital. Este sistema, pionero en nuestra Universidad, hizo necesario crear un reglamento de práctica privada, el que fue diseñado para proteger el bien común respetando el trabajo de los médicos. Quienes conocen nuestra idiosincrasia sabrán apreciar este difícil logro, que no se ha repetido hasta hoy.

Como director, Salvador presidía todas las comisiones académicas y el consejo económico y supervisaba la gestión asistencial y administrativa del Hospital Clínico, dirigido por su fiel colaborador y gran amigo el Dr. Pedro Schüller. Con semejante carga de trabajo no es de extrañar que el Dr. Vial estuviera en su oficina hasta muy tarde en la noche, muchas horas después de terminar de atender a sus enfermos privados y se le encontrara también allí muchos fines de semana, sacrificando gran parte de su descanso para resolver los múltiples problemas de la Escuela e imaginar nuevas vías para su desarrollo.

Fueron años, a veces turbulentos, con múltiples dificultades en el campo político y pobreza en lo económico: pero fueron también años muy fructíferos. La Escuela superó los escollos, se organizó y creció gracias a que en su Dirección había una voluntad tenaz, dotada de una generosidad ilimitada al servicio de la Universidad.

El Dr. Vial ha representado a la Facultad en innumerables reuniones científicas y de educación médica, tanto en Chile como en el extranjero. Quiero destacar en forma especial su participación en el Claustro Universitario y en las múltiples reuniones con la Rectoría, que siguieron a la reforma de 1969. En esta como en otras ocasiones, Salvador defendió tenazmente la autonomía de la Facultad y su derecho a conservar y administrar su hospital, creado para ella por Monseñor Carlos Casanueva.

En 1979 Salvador terminó su tercer período como Director. Desde entonces dedicó parte de su tiempo a colaborar con la Asociación de Facultades de Medicina. En esa época ya existía gran inquietud por la formación de especialistas y por su adecuada certificación. Se habían multiplicado los centros asistenciales que ofrecían residencias, pero no existían criterios que permitieran asegurar la calidad de la docencia que impartían. Las Facultades de Medicina solicitaron a un grupo de expertos en educación médica, dirigidos por el profesor Juan Allamand, que establecieran un sistema de acreditación de los centros formadores, revisaran sus programas y determinaran el cupo de alumnos que cada uno podía recibir. Así surgió el sistema nacional de acreditación en el que Salvador Vial participó desde su inicio y que presidió durante 10 años. La Comisión de Acreditación ha prestado un inapreciable servicio a la Medicina chilena, al establecer exigencias de calidad académica que han beneficiado a cientos de médicos jóvenes, en su sacrificado esfuerzo por conseguir la especialización.

Otra actividad de gran trascendencia para nuestra Medicina ha sido la certificación de especialistas. Hasta hace 10 años reinaba en esta materia una considerable anarquía. En 1984 un grupo de académicos, convocados por la Sociedad Médica de Santiago, lograron organizar y poner en marcha una Comisión Nacional de Certificación de Especialidades, institución autónoma, cuya labor se funda en la postulación voluntaria de los médicos. Concurrieron a su formación las Facultades de Medicina, el Colegio Médico y las Sociedades Científicas. En sus 10 años de vida, CONACEM ha certificado a más de 5.000 especialistas. Desde su creación, Salvador Vial ha sido miembro del Directorio y durante ocho años ha ejercido la Vicepresidencia. Su juicio certero y realista y su pertinaz defensa de la calidad profesional han contribuido de manera importante a mantener los niveles de exigencia de la corporación.

¿Cuáles son los rasgos de la personalidad de Salvador Vial, que explican la notable carrera universitaria que culmina hoy? Señalaré algunos que le son particularmente propios:

- Su vocación de servicio y su generosidad. En los cargos en que le ha tocado actuar se ha entregado sin condiciones, empleando todo su talento e innata capacidad de liderazgo.
- Su valentía para decir que no cuando parece necesario hacerlo. En estos tiempos en que dominan el diplomático acomodo, el relati-

vismo y los diferentes tonos de gris, se aprecia mucho tan rara cualidad.

- Su libertad interior, desprendimiento material y austeridad de vida. Su notoria despreocupación por "cuidar la imagen". Al contrario, siempre lo he visto dispuesto a sacrificarla, si ello es necesario para defender sus convicciones.
- Su respeto por sus subalternos, y en especial por los más humildes, entre quienes ha gozado siempre de admiración y agradecimiento, porque conocen su sentido de justicia.
- Su capacidad de gozar de la naturaleza; en el campo o pescando, Salvador se desconecta de sus preocupaciones con sorprendente rapidez.

Estos rasgos de carácter, reforzados por su tradición familiar, han plasmado en él una rara mezcla de idealismo y de sentido de la realidad.

Ella se puede resumir en lo que el propio Salvador define como "el ser un caballero". No se trata de un sentido de pertenencia a una antigua aristocracia, tan superada por la realidad social de hoy. Para Salvador, un caballero no es un ser particularmente inteligente, religioso, educado o rico. Para él, un caballero es un ser confiable y valiente, que busca la verdad, la acepta gozoso y está dispuesto a sufrir y a combatir por ella. Si además es inteligente, educado o religioso, tanto mejor. Si es rico, mejor para él.

Pero en lo fundamental el caballero es leal. Y la lealtad sin claudicaciones ha sido el rasgo personal más destacado de Salvador. Leal a su familia, a su Universidad, a la Iglesia de la que ella es obra predilecta, y a su país.

Por esta lealtad que a todos nos ha beneficiado y nos ha educado,

Dr. Salvador Vial, ¡muchas gracias!

## Discurso del Dr. Salvador Vial Urrejola

Con emoción agradezco a las autoridades y consejos superiores de la Universidad y de la Facultad el gran honor que me otorgan con el nombramiento de Profesor Emérito. Asimismo, al Dr. Vicente Valdivieso por sus generosos juicios sobre mi labor académica y profesional.

Medio siglo ha transcurrido ya desde que me incorporé, en 1946, como alumno a la Facultad de Medicina de esta Universidad, pero recuerdo muy nítidamente lo que era esa pequeña Escuela que tenía tan poco pero era tan rica en el espíritu que transmitían sus docentes y particularmente el Rector Monseñor Carlos Casanueva.

La atrevida decisión de crear 16 años antes una nueva Escuela de Medicina no se fundamentó en la necesidad de formar mayor número de médicos para el país, ya que se consideraba en ese entonces que eran suficientes los que egresaban de la Universidad de Chile.

El propósito específico de este audaz proyecto fue formar un médico nuevo, reforzando el conocimiento científico de la Medicina, dando el mayor énfasis a los más elevados ideales éticos e incorporándole una sólida vocación de servicio al prójimo.

En la modesta institución que nos acogió como estudiantes era fácil para nosotros percibir esa ideología que transmitían en su acción los profesores seleccionados cuidadosamente uno a uno por el propio Rector.

En ese ambiente era muy notorio el genuino deseo de superación en la búsqueda del conocimiento que estimulaba a los alumnos en su formación.

Desde ese período como estudiante hasta ahora mi vida quedó muy ligada y comprometida con el desarrollo de nuestra Facultad de Medicina.

El crecimiento de una institución como ésta, la incorporación de muchas generaciones de docentes y alumnos y los problemas nuevos que se plantean en su desarrollo pueden hacer más difícil mantener patentes los ideales que llevaron a su creación.

Afortunadamente siempre ha existido en nuestra Facultad un núcleo de profesores que, conociendo su historia, se han esforzado para que dentro del desarrollo se mantengan vigentes esas elevadas motivaciones que llevaron a la creación de esta Escuela en una institución de la Iglesia destinada a la educación superior.

No tengo dudas sobre la necesidad de insistir constantemente en estos ideales iniciales en el quehacer concreto de esta Facultad para evitar desviaciones que desvirtuarían sus fines últimos.

La tarea universitaria es exigente en una Facultad como Medicina y más aún en nuestro país, donde la sociedad no tiene clara conciencia del papel que juegan las instituciones de educación superior en el desarrollo de la nación y en la creación de la cultura que debe acompañar el crecimiento material para darle su verdadero significado.

La docencia e investigación para tener éxito requieren de una dedicación y entrega generosa mayor aún que la necesaria en otros países con antigua tradición académica y soporte de la sociedad que les concede estabilidad y facilita su acción propia.

La mayor limitante en la vida de nuestras Facultades universitarias es la dificultad de docentes y alumnos para acometer sus labores con esa entrega suficiente que pueda hacerlas productivas en cualquiera que sea el campo que analicemos.

Esto no se refiere, obviamente, ni se limita, como algunos parecen suponer, a un tiempo de contrato, si no a la disponibilidad real de todas las capacidades para reflexionar y trabajar ahondando en el conocimiento y creando un ambiente atractivo para otros más jóvenes que darán nuevos impulsos a esta tarea sin término. Para ello se requiere tener el espíritu en la paz que sólo se alcanza cuando existe tranquilidad sobre lo esencial de los aspectos de nuestra vida.

Debo reconocer que he sido muy afortunado pudiendo dedicar mucho tiempo a la tarea universitaria justamente porque se me ha dado esa situación. Tal vez la mayoría de las funciones que he realizado en nuestra Facultad y en la

profesión se me han encomendado por esa posibilidad de participar en ellas con dedicación suficiente.

Actualmente, en la hora que el sufrimiento de la enfermedad afecta a quien construyó mi familia en la unión y la alegría que otorga la verdadera paz y al percibir cuán duro y áspero es el camino por recorrer, mi espíritu se perturba hondamente.

Pudiera suponerse que el ejercicio de nuestra profesión, que nos mantiene tan cerca de los momentos más críticos de la vida humana, nos dotara adecuadamente para afrontar tales situaciones. Lamentablemente no ocurre así, y sorprende el cambio súbito que sufren nuestras

prioridades e intereses y cómo se nos aparece más nítida la naturaleza misteriosa del tránsito en nuestra existencia.

Me siento así imposibilitado para hacer una reseña más completa de las experiencias recogidas en la vida de nuestra Facultad para la que sólo deseo que permanezca muy cerca de los ideales de los fundadores que han orientado mi participación en su quehacer.

Les ruego me excusen por limitarme solamente a expresar a ustedes mis sinceros agradecimientos por haberme acompañado en esta reunión para mí tan honrosa.

Muchas gracias.

## B. Condecoración del Dr. Lorenzo Cubillos por el Gobierno de Alemania, con la Cruz al Mérito (primera clase)

Discurso del Dr. Lorenzo Cubillos O.

**E**xemos. Embajadores de la República Federal de Alemania, Dr. Werner Reichenbaum y señora;

Excmo. señor Nuncio Apostólico de S.S., Monseñor Piero Biggio;

Señor Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Prof. Dr. Juan de Dios Vial Correa;

Señor Vicerrector Académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Prof. Bernardo Domínguez Covarrubias;

Señor Decano de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Prof. Dr. Pedro Rosso;

Señor Párroco de la Parroquia Alemana St. Michael, R.P. Bruno Romahn, S.V.D.;

Autoridades diplomáticas, religiosas, académicas y representantes de sociedades científicas;  
Señoras y señores:

Mis primeras palabras son para agradecer esta honrosa distinción que me concede el Gobierno de Alemania, a través de su Presidente Dr. Roman Herzog, y que hoy recibo de manos del señor Embajador en Chile, Dr. Werner Reichenbaum.

No puedo ocultar la sorpresa y confusión que tuve cuando se me comunicó tan grata noticia. Desde luego, me sentí indigno de tan alto merecimiento, ya que estoy más consciente de mis flaquezas que de mis virtudes.

En la búsqueda de las causas que motivaron este galardón he recordado los hitos recorridos y he tratado de identificar algunos factores que influyeron en mi vida para despertar y desarrollar mi predilección, admiración y afecto hacia Alemania. En ello veo patente la mano de la Providencia Divina.

Si las instituciones y países valen por sus hombres, Alemania puede enorgullecerse legítimamente por contar entre sus hijos a hombres como Bach, Beethoven, Dürer, Goethe, Schiller, Kant, los hermanos Humboldt, Kepler, Max

Planck, Heisenberg, Virchow, Koch, Röntgen y tantos otros más que forman parte de la elite del espíritu y del intelecto universal. La cultura del pueblo germano y el genio alemán, han hecho aportes trascendentales a la Humanidad, los que en nuestra tierra han tenido resonancia y hallado tierra fértil para su germinación y desarrollo. Por su proximidad a mi quehacer, y a modo de ejemplo, cito los nombres de algunos médicos distinguidos que se integraron a nuestra cultura: los doctores Rodolfo Amando Philippi, Franz Adolf Fonck, Hermann Schneider, Karl Eduard Martin, Robert Möricke, Viktor Körner, Max Westenhöffer, Rudolph Krauss y Erick Hegeewald.

Pasando a mi historia personal, recuerdo con profunda gratitud a mis queridos padres, radicados en Valparaíso y en cuyo modesto hogar nací en 1926. En esa época, esa ciudad porteña era considerada como la Perla del Pacífico y contaba con una fuerte colonia alemana. Mi padre había recibido su instrucción en colegios que reflejaban la influencia de importantes pedagogos germanos, llegados a Chile a fines del siglo pasado, y que hicieron suyo el juramento de Anwandter. Ellos dejaron una profunda impronta en su persona: firmeza en los principios, respeto a la dignidad de las personas, laboriosidad, responsabilidad. Esa misma influencia estaba presente en el Liceo de Valparaíso, que dirigió durante 27 años el profesor Carlos Rudolph (1891-1918). La reencontré en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica al recibir las sabias enseñanzas de mis profesores Roberto Barahona, Arturo Atria y Fernán Díaz, brillantes ex alumnos del Liceo Alemán de Santiago, formados por los religiosos de la Sociedad del Verbo Divino, los que marcaban a sus alumnos con el disciplinado y riguroso espíritu científico de su fundador, el Padre Arnoldo Janssen.

Un paso decisivo fue mi ingreso al Hospital Clínico de la Universidad Católica, el año 1947.

Su Enfermería estaba a cargo de las religiosas de la Caridad Cristiana, la mayoría oriundas de Westfalia, las cuales pertenecían a la Congregación fundada por una santa mujer, la Madre Paulina von Mallinckrodt. Admiré su organización, eficiencia y abnegación con que atendían a los enfermos, el orden, la puntualidad y la pulcritud con que mantenían la Clínica. Mi condición de médico residente me permitió conocerlas en el trabajo cotidiano y atender a ilustres pacientes de habla alemana. Entre otros, recuerdo al venerable Padre capuchino bávaro, Monseñor Guido Beck de Ramberga, Obispo de la Araucanía, de gran sencillez y bondad, y a la ilustre benefactora de nuestra Facultad de Medicina, la señora Gabriela Gildemeister. En este ambiente, surgió mi interés por aprender la lengua de Goethe. Esta inquietud la canalizó decididamente el Dr. Wolfgang Wallisfurth. Quienes tuvieron el privilegio de conocer a este sacerdote deben recordarlo como un hombre excepcional, de grandes ideas, generoso, emprendedor y ejecutivo. El Dr. Wallisfurth realizó grandes obras sociales en favor de Chile, lo que compromete la eterna gratitud de los chilenos.

A través de su recomendación llegué al Hospital de Cáritas de Colonia, donde trabajé un año como Asistente en Cirugía. Fue la época en que se gestaba el resurgimiento de Alemania en la posguerra, encabezado por sus grandes artífices, en la política, el Presidente Heuss, el Canciller Adenauer y el Ministro Erhardt; y en lo espiritual, el Cardenal Frings, el teólogo Romano Guardini y otros grandes pensadores. Inicié mi aprendizaje del idioma alemán en el St. Elisabeth Krankenhaus, de Colonia, en una atmósfera realmente caritativa y con la cálida acogida que me dieron los pacientes de las salas del hospital, que me llamaban el "Dr. Chile". Así, poco a poco, fui penetrando en el espíritu ecuménico del cristianismo de esa gran nación.

Después de un arduo año de trabajo, con esfuerzo simultáneo del nuevo idioma, presenté mi currículo y postulé a una beca de la Fundación Alexander von Humboldt, que me fue concedida. Recuerdo con gratitud el apoyo que me dio el Embajador de Chile en Bonn, de esa época, don Manuel Hormazábal. Obtenida la beca, ingresé a la Clínica Quirúrgica de la Academia de Medicina de Düsseldorf, que dirigía el Profesor Ernst Derra. Allí laboré con tesón y realicé mi tesis doctoral sobre un tema quirúrgico, apadrinado por el Prof. Derra, lo que me permitió alcanzar mi doctorado en Medicina, en Alemania, después de rendir los exámenes correspondientes.

A mi regreso a Chile volví a mi Hospital de origen, en la Universidad Católica, donde fui nombrado Jefe de la Residencia (1958-1965). Mi conocimiento del idioma alemán me permitió atender a una paciente de esa nacionalidad, la señor Ana Munki, quien, con el correr del tiempo, llegó a ser mi suegra, y de la cual conservo óptimos recuerdos. El matrimonio con Lidia, su encantadora hija, me permitió formar una familia chileno-alemana que Dios ha bendecido con cuatro hijos. Aprovecho esta ocasión para destacar que mi esposa ha sido mi brazo derecho, y la silenciosa colaboradora de toda una vida. Además de cuidar solícitamente a nuestros hijos, ha fomentado y facilitado mi éxito profesional y académico.

En esos tiempos era Embajador de Alemania en Chile el Dr. Hans Strack. El me distinguió con su confianza y me pidió colaborar como médico de la Embajada. Como tal, tuve el honor de participar en la atención de la comitiva que acompañó al Presidente de Alemania, Dr. Henrich Lübcke, en su visita a Chile el año 1964.

Captando los acelerados avances que experimentaba la Medicina germana, promoví en mi ámbito académico que nuestros jóvenes colegas visitaran diversos centros universitarios de esa gran nación y adquiriesen experiencia y aprendieran técnicas de avanzada, junto a eminentes figuras médicas.

La participación en la Comisión de Becas del Goethe Institut –Instituto Chileno-Alemán de Cultura– y la orientación brindada a postulantes a becas de la Fundación Humboldt, me ha dado la satisfacción de canalizar la inquietud de muchos profesionales jóvenes, que anhelaban su perfeccionamiento en Alemania.

Además, consideré que era muy importante mantener contacto permanente con la Cirugía y con algunos destacados cirujanos alemanes. Esto lo reconoció la Deutsche Gesellschaft für Chirurgie, que me honró con el nombramiento de Miembro Correspondiente, el año 1982. Esto motivó, ese año, mi viaje a Alemania, el que aproveché para visitar catorce universidades y difundir algunos de los trabajos realizados en mi *Alma Mater*. Como consecuencia de este viaje, numerosos estudiantes de Medicina de ese país quisieron visitar nuestra Universidad, para realizar períodos de práctica, en diversos niveles curriculares. Los acogí con especial deferencia y cariño, ya que me dieron la oportunidad de corresponder en mi tierra a la hospitalidad que recibí en Alemania, en mis años de principiante.

Especial alegría y entusiasmo he tenido en actividades relacionadas con la Fundación Alexander von Humboldt, esto es:

- Fundar con mis colegas humboldtianos el Humboldt Club de Chile (1987), para crear una dinámica grupal de los ex becarios chilenos de dicha Fundación;
- Colaborar en la organización de las visitas periódicas de sus máximas autoridades;
- Promover la confección del busto del insigne científico prusiano, que se inauguró en Santiago en marzo de 1985, y
- Publicar anualmente el "Boletín del Humboldt Club de Chile".

A modo de reflexión puedo decir que el aprendizaje del idioma alemán ha jugado un rol trascendente en mi vida. Ha sido como una llave maestra que me permitió el acceso a los caminos conducentes al desarrollo personal y familiar y a los que llevan al vasto y fascinante campo de la cultura germana. Y esto no sólo en las áreas de la ciencia, de la Medicina, de la literatura y del arte, sino que también y *quiero destacarlo, en el campo religioso*, lo que me ha permitido descubrir las profundas raíces del sólido cristianismo alemán. Así he logrado conocer más a fondo y admirar a sus grandes figuras tradicionales como: *San Alberto Magno* (siglo XIII), *Santa Hildegard* (siglo XII), *Tomás de Kempis* (siglo XV) y muchos más, y aquellas más contemporáneas como *Paulina von Mallinkrodt*, *Arnoldo Janssen*, *Maximilian Kolbe*, *Edith Stein* y *Joseph Kentenich*.

En 1990 todo el mundo vibró de euforia ante la estrepitosa caída del muro de Berlín, que abrió el paso a la reunificación alemana. Este acontecimiento se vio como la promisoría alborada de una nueva era de paz y de concordia universal. Lamentablemente, después de cuatro años, el signo de Caín no ha desaparecido, sino que, por el contrario, ha inundado la faz de la tierra, como lo vemos día a día. Con estupor asistimos a la más crasa ignorancia, al desprecio o distorsión de los auténticos valores éticos... *Sin una sólida base ética, se toman inestables los bellos ideales de unidad, de justicia y de libertad*, que proclama el himno nacional alemán. La *unidad*, para que sea estable, debe estar cimentada en lo que es trascendente; la *justicia* debe fundamentarse en el profundo respeto a los derechos y a la dignidad del hombre; la *libertad* plena sólo se logra

si ella descansa en el respeto de Dios y en el actuar conforme a sus amorosos designios.

He creído muy importante destacar el enorme tesoro espiritual y religioso que encierra la milenaria cultura alemana. De ella fluye el mensaje humanista-cristiano, como la mejor respuesta a la problemática de nuestros días, el cual S.S. Juan Pablo II difunde sin descanso, *Urbi et Orbi*, con fraterno espíritu ecuménico. Este es el mensaje que cada uno de nosotros debe captar y proyectar en la vida personal y propagar con decisión y valentía, en la lucha contra el egoísmo y el materialismo avasallador que nos envuelve. Por feliz coincidencia este mensaje se refuerza en estos días, en que con júbilo celebramos la Pascua de Resurrección, *Ostern*, el glorioso triunfo de Cristo sobre la muerte y el pecado, que abrió a la Humanidad el verdadero camino de salvación.

Señor Embajador, después de descubrir algunos de los numerosos nexos que me unen a Alemania y destacar lo que juzgo de mayor trascendencia, acepto con mucha humildad la condecoración que usted me entrega.

- *Doy gracias a Dios por su infinita bondad*, que ha permitido esta distinción y este grato encuentro;
- al Excmo. Presidente de Alemania por su gesto generoso, y
- a ustedes, señores Embajadores, por su hospitalaria acogida.
- *Comparto este honor y alegría con todas, todas las personas que me han orientado y ayudado en mi vida, tanto presentes como ausentes.*

En lo personal, percibo en esta distinción un desafío de mayor compromiso y de mayor entrega a toda nuestra comunidad, en particular a la chileno-alemana. Este galardón se transforma en un fuerte estímulo para seguir difundiendo los valores universales de la cultura y de la ciencia, en el amplio contexto cristiano, teniendo muy presente el sello clásico e inconfundible que Alemania ha sabido dar a estos valores, a través de los tiempos y a través de sus grandes hombres.

Muchas gracias.



## Obituario

Dr. Norman Bennett Muñoz	(1911-1994)
Dr. José Cerda Asejo	(1936-1994)
Dr. Juan Céspedes Torres	(1924-1994)
Dr. Virgilio Cozzi Gutiérrez	(1925-1994)
Dr. Jorge Jalil Mussa	(1929-1994)
Dr. Ignacio Matte Blanco	(1908-1995)
Dr. Ramón Montero Schmidt	(1914-1995)
E.U. Dora Puelma Cordero	(1921-1995)
Sr. Carlos Vial Espantoso	(1900-1995)

**"Dona ei requiem et lux perpetua luceat ei"**

# Dr. Norman Bennett Muñoz

Dr. Lorenzo Cubillos O.



Nació en Temuco el 4 de junio de 1911. Sus padres fueron don Eduardo Bennett Guarachi y la señora Rosa Muñoz Arias. Realizó sus estudios preuniversitarios en el Instituto Andrés Bello y en 1930 se incorporó al primer año de la naciente Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Entre sus condiscípulos recordamos, entre otros, los nombres de René Contardo A. (Q.E.P.D.), Raúl Dell'Oro S., Fernando Figueroa E., Miguel Ossandón G., Alfonso Ovalle R. (Q.E.P.D.), Ignacio Ovalle U., Osvaldo Pérez Z. (Q.E.P.D.) y Luis Vargas F. Después de aprobar su tesis de

licenciatura, que versó sobre un tema oftalmológico, obtuvo el título de Médico Cirujano de la Universidad de Chile, el 10 de noviembre de 1937.

Como estudiante se distinguió por su espíritu jovial, caballeroso y por tener muy buen sentido del humor. Junto con su hermano Manuel se destacó por sus grandes condiciones como nadador, en la época en que la natación adquirió en Chile gran importancia como deporte (alrededor de 1930).

Optó por especializarse en afecciones respiratorias y preferencialmente en tisiología. Como

tal desempeñó numerosos cargos asistenciales en diversos hospitales de Santiago: Hospital del Salvador (1937-39 y 1941-54), Hospital Barros Luco (1939-41), Hospital del Tórax (1954-59), Hospital San Borja (1958-59) y Hospital San José (1964-65), del cual llegó a ser Médico Jefe de Servicio. También fue médico tisiólogo del Departamento de Tisiología del Servicio Médico Nacional de Empleados (1964-66). En lo que respecta a nuestra institución, participó en la atención ambulatoria de pacientes con afecciones broncopulmonares, en el Consultorio Externo del naciente Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica, a comienzos de la década del 40. En 1954 se le encomendó la organización del Departamento de Alergia y Reeducción Respiratoria en la Cátedra y Servicio del profesor Héctor Orrego Puelma. Este distinguido docente, en julio de 1955 calificaba su actividad en el Hospital del Tórax en los siguientes términos: *"en el desempeño de sus labores, el Dr. Bennett ha demostrado óptimas condiciones de preparación y cooperación, habiendo aportado iniciativas valiosas en la organización y dirección de los departamentos de Fisiopatología, Reeducción Respiratoria y Nebulización, además de sus labores médicas habituales"*.

En el campo docente, el Dr. Bennett colaboró como Ayudante de Fisiopatología de la Cátedra de Tisiología de la Universidad de Chile (1959-1964).

Contribuyó con diversas publicaciones sobre temas de la especialidad, como: *"Dosificación y comportamiento de los gases del neumotórax"*, *"Tratamiento de afecciones bronquiales con soluciones nebulizadas"*, *"Estudio sobre la fun-*

*ción cardiorrespiratoria en la tuberculosis pulmonar"*, *"Bronquitis crónica"*, *"Desensibilización a drogas anti-TBC, en la terapia de la tuberculosis pulmonar"*, etc.

El Dr. Norman Bennett se caracterizó por su espíritu creativo y pragmático, al enfrentar problemas emergentes de la práctica clínica. Es así como inventó una llave transfusora automática de doble vía (1943); un calibrador-comparador para zapatos (1967); un dispositivo limitador de la dilatación anormal de la caja torácica (1983). Su mayor mérito radica en haber introducido en Chile el sistema de nebulizaciones en la terapia de las afecciones broncopulmonares.

Participó en diversos cursos nacionales y extranjeros, relacionados con su especialidad. En particular, estuvo en Argentina (1943) y en USA (1948). Desde 1937 fue socio activo de la Sociedad Chilena de Tisiología, y en 1971 se incorporó como miembro de la Sociedad Médica de Santiago. Fue Director fundador honorario de la Sociedad Chilena de Alergia e Inmunología (1980), y en 1987, al cumplir cincuenta años de profesión, fue nominado Miembro Emérito del Colegio Médico de Chile.

En 1991 fue afectado por una enfermedad neurológica crónica y de curso progresivo, que lo obligó a abandonar el ejercicio profesional. En 1994 se sucedieron graves patologías, que determinaron su fallecimiento el 29 de diciembre de ese año. En su largo padecimiento recibió oportunamente auxilio espiritual cristiano. Entregó su alma al Señor, rodeado de sus seres queridos. Rogamos a Dios por el eterno descanso del alma del Dr. Bennett y por el consuelo de su familia.

# Don José Cerda Asenjo

**Pbro. Ignacio Campos A.**

*Capellán del Hospital Clínico de la  
Pontificia Universidad Católica de Chile*



**N**os hemos reunido aquí muchas personas, familiares, amigos, conocidos de nuestro hermano José Cerda Asenjo, a quien hace un año despedimos de este mundo. Y hemos venido no por un cumplimiento, sino porque apreciamos a nuestro hermano y a su familia.

Pero estamos reunidos en la capilla donde tantas veces vino don José a rezar; de igual manera hemos venido a este lugar a rezar por él. Pienso que el Señor a todos nosotros nos quiere decir algo, porque ha sido el Señor quien nos ha reunido, aunque nosotros no nos hayamos dado cuenta.

El Señor habla, pero para entenderle es necesario que nuestro corazón esté limpio de egoísmo, de rencor, de envidia. Sólo se puede escuchar al Señor si se tiene un corazón bueno, como lo tenía don José: esposo, padre, compañero de trabajo y amigo ejemplar. Y ¿qué nos quiere decir el Señor?

Jesús nos dice cosas que todos podemos entender y hacer.

Jesús, que es el Hijo de Dios Padre, vino a darnos una Buena Noticia: Que Dios es Padre y es amigo de los hombres. Y Jesús habló con un lenguaje sencillo, para que todos le pudie-

sen entender y usó comparaciones muy inteligentes.

Hay personas que dicen con frecuencia "yo a Dios no le he visto nunca". Jesús nos dice qué debemos hacer para ver y experimentar a Dios. Jesús nos dice dónde podemos encontrar a ese Dios "escondido".

¿Quién de nosotros no sabe qué quiere decir tener hambre de pan o de cultura o no conoce personas que padecen esta hambre? ¿Y cuántas personas conocemos que tienen sed de ser amadas, comprendidas, tenidas en cuenta, escuchadas? ¿Y cuántas personas se sienten forasteras en su casa o en su familia, en su pueblo o ciudad, en su grupo o en su comunidad de trabajo o en su comunidad cristiana? ¿Y cuántos enfermos sufren de enfermedades del cuerpo y del espíritu? ¿Y cuántas personas existen que están angustiadas, desesperadas, tristes, amargadas, desalentadas? ¿Y cuántas están en la cárcel o en la prisión de su egoísmo esclavizante o en la prisión del dinero o la pasión desenfrenada?

Muchas de esas personas podemos ser cada uno de nosotros, nuestro esposo o esposa, nuestros hijos o nuestros padres, nuestros vecinos o nuestros compañeros de trabajo. Y lo que hacemos a cada uno de ellos o lo dejamos de hacer, ¡lo hacemos o lo dejamos de hacer al Señor mismo!

Ese Dios, al que algunos dicen "que no han visto nunca", está en cada hombre o mujer, de manera especial en cada hombre o mujer que sufre.

Y en este Dios creía don José, y este Evangelio lo vivía cada día. Supo hacer de su trabajo

un apostolado: no fue un simple funcionario de esta comunidad, sino un servidor constante del Señor, en la preocupación delicada que tenía para con todos.

Y Jesús nos dice que hemos de pasar por la vida haciendo el bien, como El lo hizo, pero un bien que se concreta en las personas, con sus nombres y apellidos.

Y esto lo hemos de hacer los creyentes y los no creyentes. Por el hecho de ser personas humanas que hemos de sentirnos solidarios con todos nuestros hermanos.

Hay personas que piensan que la vida se acaba en el cementerio, y muchas personas, aunque no lo piensen, viven como si todo terminase con el entierro. Nosotros que estamos aquí, después de un año de haber sepultado cristianamente a don José, creemos que Jesús nos ha dado la Buena Noticia de que la vida continúa, más allá del cementerio y de la muerte. Y continúa, porque aunque el cuerpo muera y se deshaga, el amor no muere nunca.

El Señor nos ha hablado por la vida y el testimonio de don José y quiere que vivamos la vida, aprovechando el tiempo, haciendo y dando importancia a todo aquello que con la muerte no termina.

Al recordar a don José con una Eucaristía, en este primer año de su fallecimiento, celebramos a Jesús que también murió, resucitó y vive. Y en El, porque nos lo ha dicho y confiamos en El, estarán y vivirán para siempre los hombres y las mujeres que hayan pasado por la vida haciendo el bien a sus hermanos y hermanas.

# Dr. Juan Céspedes Torres

Dr. Lorenzo Cubillos O.



El 2 de agosto de 1994 tuvimos que lamentar el fallecimiento de otro ex alumno nuestro, el Dr. Juan Céspedes Torres. El Dr. Céspedes nació en Tocopilla el 4 de abril de 1924, siendo sus padres don Mamertino Céspedes y la señora Ema Torres. Sus estudios preuniversitarios los realizó en el Instituto Luis Campino, de Santiago. Perteneció a esa generación de médicos que iniciaron su carrera en 1942 y que cursaron hasta el quinto año en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile y los dos últimos años en la Universidad de Chile, donde se titularon en

1949. Entre sus condiscípulos encontramos a los doctores Manuel Almeyda M., Hernán Davanzo C., Exequiel Fernández A., Mauricio Moisés A., Héctor Orrego M., Guillermo Parr S., Reinaldo Poblete G. (Q.E.P.D.), Jorge Quintanilla S., Alejandro Reid O. y Juan de Dios Vial C., actual Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

El Dr. Céspedes realizó su tesis de licenciatura en el Laboratorio de Fisiología de esta Universidad, con el profesor Héctor Croxatto R. y que versó sobre el tema "Influencia del thio-sorbitol y sustancias oxidantes en el poder

ocitocinásico y vasopresinásico del suero sanguíneo”. Después de obtener el título de Médico Cirujano se incorporó al Servicio de Medicina Interna del profesor Mario Alessandri R., en el Hospital Dr. Enrique Deformes V. (antiguo Hospital San Agustín), de Valparaíso. Allí demostró interés por la hematología, razón por la cual fue a estudiar esta especialidad a la Clínica del profesor Carlos Jiménez Díaz, en Madrid. A su regreso a Chile debió radicarse en Santiago para apoyar a su madre, gravemente afectada por las muertes de su padre y de su hermana. Aquí se dedicó a la práctica privada y al despliegue de su vocación de servicio a los más necesitados, colaborando activamente, por más de ocho años, en la atención del policlínico de la Parroquia de San Cayetano, de la población La Legua.

Quienes lo conocimos conservamos de él un grato recuerdo como estudiante, por la bondad de su carácter, su corrección y caballerosidad. Contrajo matrimonio con la señora Alicia Sayago Arenas, con la cual no tuvo descendencia. La muerte de sus familiares lo impactó fuertemente y gravitó sobre su estado anímico, transformándolo en un gran fumador, lo cual lo llevó a una grave insuficiencia respiratoria. En los últimos años de su vida incursionó en el campo artístico teatral. Una incontrolada y penosa enfermedad neoplásica lo condujo a la muerte el año recién pasado. Tardíamente tuvimos conocimiento de su deceso, por lo que rogamos a Dios por el consuelo de su viuda y por el eterno descanso de su alma.

# Dr. Virgilio Cozzi Gutiérrez

Dr. Lorenzo Cubillos O.



**E**l Dr. Virgilio Cozzi G. nació en Santiago el 24 de agosto de 1925 y fue hijo único del matrimonio formado por don Enzo Cozzi Cintolesi y la Dra. Rosa Gutiérrez Domínguez. Realizó sus estudios preuniversitarios en el Instituto Nacional.

Inició sus estudios médicos en 1942 como alumno oyente del primer año de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a la cual se integró como alumno regular en 1943, cursando los cinco años que en esa época tenía esta Escuela. Perteneció a esa promoción de médicos que tuvieron una desta-

cada trayectoria, como los doctores Raimundo Ariztía M., José Barzelatto S., Manuel Borgoño D., Francisco Christie C., Alberto Cristofanini T., Edgardo Cruz M., Sergio Daza K., Kenneth Jones S., Jorge Mery S. y otros. Siendo alumno fue Ayudante en la Cátedra de Biología de los profesores Roberto Barahona S. y Sergio Donoso G., en dicha Escuela (1944-1946), donde tuvo oportunidad de conocerlo y compartir con él labores docentes. Terminó su carrera médica en la Universidad de Chile, obteniendo el título de Médico Cirujano, en 1950, después de aprobar su tesis de licenciatura que versó sobre

“Acción de las gonatropinas en pollos inmaduros intactos”.

Una vez titulado se incorporó al Servicio de Medicina del Prof. Rodolfo Armas Cruz, en el Hospital del Salvador, donde trabajó hasta 1954. Ese año, junto a él, se trasladó al Hospital San Juan de Dios, desempeñándose como médico internista y especialista en Gastroenterología, tanto en el Servicio como en la Cátedra de Medicina Interna de dicho hospital. Esta actividad la prolongó hasta su jubilación (1982), colaborando sucesivamente con los profesores doctores Rodolfo Armas C. y Esteban Parrochia B. Además de desarrollar labores asistenciales, el Dr. Cozzi cumplió con funciones docentes en su calidad de Profesor Asistente de Medicina Interna. Fue el creador y jefe de la Unidad de Tratamiento Intermedio del Servicio y Departamento de Medicina del Hospital San Juan de Dios durante toda su estadía en ese nosocomio.

Paralelamente con la actividad señalada el Dr. Cozzi trabajó como médico internista de urgencia en la Asistencia Pública de Santiago (1952-1974) y como médico internista de la Fuerza Aérea de Chile (1953-1961). En 1986 fue distinguido como Miembro Honorario del Servicio de Salud Metropolitano Occidente.

Participó en más de cincuenta eventos (congresos, seminarios, cursos y simposios, etc.), tanto nacionales como extranjeros, relacionados con la Medicina Interna, la Gastroenterología y la Urgencia. Sus publicaciones y trabajos presentados en congresos y simposios, especialmente sobre temas gastroenterológicos, llegaron a veinticinco.

Fue *miembro titular* de la Sociedad Médica de Santiago, de la Sociedad Chilena de Gastroenterología y *socio fundador* de la Sociedad Chilena de Parasitología, de la Sociedad de Medicina y Cirugía de Urgencia y de la Sociedad Chilena de Medicina Intensiva.

Con posterioridad a su jubilación trabajó un tiempo en el Hospital Félix Bulnes, hasta abril de 1994. Pocos meses antes de fallecer se reintegró al Departamento de Medicina del Hospital San Juan de Dios, que lo acogió con el calor de su antigua y gran familia médica.

Al margen de la descripción de cargos y funciones médicas desarrollados por este colega a lo largo de 44 años de vida profesional, es importante destacar su perfil espiritual, muy bien acuñado en un testimonio del Dr. Esteban Parrochia: “*el Dr. Cozzi fue un hombre bueno, transparente y amistoso, que enfrentó las vicisitudes de la vida con valentía y con optimismo; que supo, en diversas circunstancias difíciles, sobreponerse a la adversidad y que nunca perdió la capacidad de soñar; fue llano, sociable y gran conversador; tampoco perdió nunca un cierto candor que lo hacía ser estimado y aceptado por todos*”.

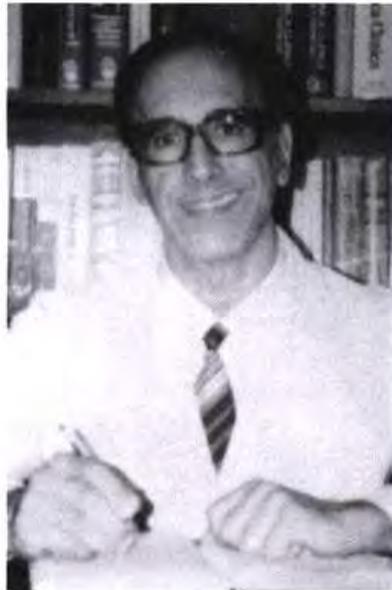
Conviene subrayar que en su etapa de jubilado le correspondió enfrentar la difícil situación del médico pensionado con limitaciones económicas y con fuertes responsabilidades familiares. En efecto, el Dr. Cozzi, casado con la señora Olga E. Figueroa de la Jara, enviudó en 1962, quedando con cuatro hijos. En 1963 contrajo nuevamente matrimonio con la señora Siria Cancino, con la cual tuvo dos hijos más.

En un momento en que enfrentaba una estresante situación emocional, el Dr. Cozzi sufrió un infarto cardíaco, muriendo repentinamente el 15 de agosto de 1994. Para mitigar el dolor de la brusca e inesperada separación de su familia y de sus amigos, queda el consuelo de que su permanente y generosa entrega al servicio de los enfermos será premiada por nuestro Dios de Bondad, que seguramente lo habrá llamado a compartir con El la Vida Eterna.

# Dr. Jorge Jalil Mussa

## Dr. Jorge Jalil Milad

*Profesor Adjunto y miembro del Departamento de Enfermedades Cardiovasculares de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile*



Nació en Rancagua el 4 de enero de 1929 y fue el mayor de dos hijos de un emigrante sirio. Su madre era también hija de emigrantes del mismo país y los hijos fueron educados cuando ambos padres trabajaban en una tienda familiar.

Realizó sus estudios de enseñanza básica y media en el Instituto O'Higgins, de Rancagua, de los Hermanos Maristas, a quienes siempre agradeció su enseñanza sistemática y de quienes aprendió a amar el idioma español en todas sus expresiones. Fue un excelente alumno. Tenía como compañero de aventuras a su hermano

Freddy, un año menor que él, con quien también compartiría el arte y vocación de la Medicina. Desde chico destacaron su pasión por los libros –llegando a formar una excelente biblioteca– y su curiosidad intelectual en áreas muy diversas del conocimiento. Dentro de estas últimas áreas sus predilecciones estaban en la historia y política contemporáneas.

En 1946 ingresó a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde cursó sus primeros dos años. Posteriormente se cambió a la Universidad de Chile, atraído por la personalidad del Dr. Balmaceda,

que tenía en esa época una cátedra muy prestigiada de Semiología. En este plantel se recibió en julio de 1953. Sus compañeros de curso coinciden en que fue un alumno destacadísimo, brillante. Siempre tuvo una excelente letra y sus apuntes tomados de clase gozaban de gran prestigio entre sus compañeros. Inmediatamente después de recibido pasó a ser Ayudante del profesor Armas Cruz en el Hospital San Juan de Dios, de la Universidad de Chile, llegando a ser Profesor Titular de Medicina, en 1981.

Destacó principalmente en el estudio clínico y de laboratorio de las enfermedades del mesénquima, logrando ser un pionero en el país en este tema. También se destacó en la enseñanza de la Clínica Tutorial y de la Semiología. Su gran interés en el desarrollo de esta última disciplina lo llevó a escribir entre 1976 y 1984 su conocido tratado "Introducción a la clínica actual y a sus métodos de exploración diagnóstica", publicado en 1986. Ese año se retiró de la vida universitaria

activa. Paralelamente a sus labores universitarias, desarrolló una notable carrera como médico en el Hospital de Carabineros de Chile, donde llegó a ser Jefe del Servicio y de la División de Medicina y Coronel de Sanidad.

Casó con Norma Milad, en 1954, profesora de inglés, curicana, igualmente hija de padres sirios y tuvo tres hijos con la misma vocación del padre: Jorge, Cecilia y Roberto. Jorge y Roberto son docentes actualmente en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Fue un hombre muy ponderado y correcto. Tremendamente estudioso y sistemático, con gran vida interior y espíritu familiar, con desapego innato a la superficialidad afectiva e intelectual. Al decir de Machado, fue "*en el buen sentido de la palabra, bueno*".

Falleció en Santiago el 5 de noviembre de 1994, de un linfoma, contra el cual batalló durante dos años.

# Dr. Ignacio Matte Blanco

## Dr. Hernán Davanzo C.

*Estudios médicos en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Título de Médico-Cirujano en la Universidad de Chile (1949). Profesor Titular de Psiquiatría en la Universidad de Chile y Psicoanalista Didacta de la Asociación Psicoanalítica Chilena (A.P.Ch.)*



En el año 1934 partió de Chile hacia Inglaterra con el proyecto de perfeccionarse en Fisiología, ligado a la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. En su formación universitaria había influido la posición paradigmática del iluminado maestro de la bioquímica, el profesor Eduardo Cruz-Coke (F.M.U.Ch.), inspirador de muchas generaciones de investigadores científicos de renombre. Pero Europa cambió el rumbo de las principales inquietudes de Ignacio Matte, enfilando hacia el campo de la Psiquiatría y el Psicoanálisis. Antes de la Segunda Guerra Mundial ya había partici-

pado en Londres de las actividades del Tavistock Psychiatric Hospital y, además, había completado su formación psicoanalítica en la Sociedad Británica de Psicoanálisis (1934-37). Con la inminencia de la Segunda Guerra Mundial, se trasladó en 1940 a los Estados Unidos de Norteamérica, prosiguiendo su formación psiquiátrica en Johns Hopkins, Baltimore, y en Duke, North Carolina, donde llegó a formar parte del Departamento de Psiquiatría.

En Chile sólo había llegado previamente como psicoanalista el psiquiatra y neurólogo Dr. Fernando Allende Navarro. Formado en los

principales centros de Suiza y Bélgica, por diversas razones Allende Navarro no logró constituir a su regreso un núcleo de desarrollo psicoanalítico inserto en la Universidad. Analizó, eso sí, a diversas importantes personalidades de nuestro medio intelectual, que más tarde influyeron positivamente en el ámbito universitario nacional en pro de la difusión del Psicoanálisis.

Al regresar al país en 1943 acompañado de Andrea, su primera esposa, el carismático Ignacio Matte, en condiciones locales más favorables, consiguió con inteligencia y pujanza concitar el interés de un creciente grupo de discípulos —médicos, psicólogos, asistentes sociales y otros profesionales de disciplinas afines— que con él empezaron a estudiar, reuniéndose en su domicilio de la calle Bernarda Morín. Tenía entonces sólo 34 años de edad. Invitado a dar conferencias y a colaborar en la docencia universitaria, se hizo rápidamente conocido. Poco después se agregó con su grupo al trabajo clínico del "Departamento 5", en el viejo Manicomio Nacional. Allí fueron acogidos alrededor del año 1945 en el Servicio del Dr. Octavio Peralta, y en 1948 por el Dr. Alfredo Rojas Carvajal. Estos y algunos pocos auspiciadores le ayudaron providencialmente a resistir los embates de la vieja guardia de la Psiquiatría llamada clásica, que se le oponía con pasión. Aparte de la clínica psiquiátrica de orientación dinámica e integradora, se le oyó exponer sus ideas sobre estudios de la constitución humana (Sheldon), así como sobre metodología e investigación, neurosis, medicina psicosomática, alcoholismo, hipnosis, psicosis y varios otros temas de sumo interés. En una memorable oportunidad recibimos la visita del joven pintor Roberto Matta para analizar con él las pinturas de algunos esquizofrénicos. Periódicamente un grupo de discípulos nos reuníamos a comer y discutir alrededor de Ignacio, en el viejo Pimpilipausha. Nos sentíamos completamente fascinados ante la nueva perspectiva teórica, clínica y científica que se nos abría.

En 1948 falleció repentinamente el Dr. Arturo Vivado Orsini, profesor titular de la Cátedra de Psiquiatría de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Matte Blanco presentó, entonces, sus antecedentes para concursar como sucesor y en una reñida campaña logró superar, por un voto, a su antiguo amigo y condiscípulo, el Profesor Extraordinario de Psiquiatría, Dr. Agustín Téllez. Ignacio Matte, a los 41 años, fue así el nuevo Profesor Titular de la Cátedra de Psiquiatría, cargo que ejerció con brillo por espacio de 18 años (1949-1966). En la Fa-

cultad de Medicina llevó a cabo una nutrida labor académica, donde diversas generaciones de estudiantes de pregrado fueron recibiendo sus brillantes aportes. Formó con sus colaboradores una escuela de pensamiento psiquiátrico de orientación analítica, donde muchos nombres y rostros, que hoy recuerdo con emoción, iniciaron la formación psiquiátrica y psicoanalítica, incluso analizándose con él. Algunos se quedaron junto a la Cátedra, otros pasaron y siguieron por diferentes caminos. Pero todos guardamos de sus enseñanzas alguna imperecedera contribución. Además de sus publicaciones científicas, su labor creativa incluyó la construcción del gran edificio modelo de la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Chile, adyacente al Hospital J.J. Aguirre, recinto que en justicia debería hoy llevar su nombre. Sus adversarios construyeron al lado, en Av. La Paz, un tremendo hospital psiquiátrico. Pudieron haber tenido la visión de impulsar una descentralización de unidades psiquiátricas acopladas a los grandes centros hospitalarios de la capital y de provincias. Pero en verdad no se tenía aún conciencia de la importancia de la atención primaria.

Justamente el mismo año 1949 la Sociedad Psicoanalítica Internacional, con el patrocinio de Ernest Jones, autor de la biografía clásica de Freud, reconoció oficialmente al grupo dirigido por Matte como la Sociedad Psicoanalítica Chilena. Su primer presidente fue el Dr. Fernando Allende Navarro, aunque el principal centro de mayor irradiación surgió siempre de Ignacio Matte. Desde 1949 hasta 1960 la A.P.Ch. funcionó incorporada a la Cátedra Titular de Psiquiatría (F.M.U.Ch.), lo que le dio a ambas instituciones un sello único en Latinoamérica. Sin embargo, a partir de 1960 los psicoanalistas chilenos optaron por independizarse y constituir, hasta el presente, una institución autónoma con personalidad jurídica. Para bien o para mal, Matte y la Cátedra perdían así una contribución sumamente importante.

Cuando Ignacio jubiló, en 1966, se trasladó con su segunda esposa, la Dra. Luciana Bon, y sus seis hijos a vivir en Roma. Cumplía un viejo anhelo que muchas veces le habíamos oído expresar. Ya la casa que se había construido en Santiago, en Pedro de Valdivia Norte, tenía la reminiscencia de una villa romana. Con su entusiasmo incansable, en Italia, a los 58 años de edad, revalidó sus títulos y emprendió entonces una reconocida labor en la Universidad y en la Sociedad de Psicoanálisis de Italia. A sus publicaciones efectuadas anteriormente en Inglaterra y Chile agregó aquí las dos contribuciones más

destacadas de su obra, dos libros que alcanzaron una repercusión internacional, especialmente "The Unconscious and Infinite Sets". Sobre éste, donde integraba el psicoanálisis con conceptos de lógica simbólica y de matemática para reformular las nociones de Inconsciente Dinámico, se realizaron numerosos simposios en diversos países de Europa, concitando además el interés de varias disciplinas extraanalíticas.

Discípulos de Ignacio Matte han asumido a lo largo de estos años importantes cargos universitarios, tanto en Chile como en el extranjero. Como botón de muestra, Otto Kernberg, uno de "los nuestros", realizando una brillante carrera académica en los Estados Unidos, ha sido elegido recientemente como presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Muchos, desde aquí, han peregrinado hasta Europa para reencontrarse con el maestro. Otros se esforzaron, infelizmente sin éxito, por invitarlo a visitarnos en Chile. Algunos, entre sus "nietos analíticos", se han dedicado a estudiar lo más relevante de sus publicaciones, surgiendo así la edición de un interesante libro sobre el tema.

Aquejado en los últimos años por accidentes

serios en su salud, terminó postrado en cama. La fortaleza ejemplar de su mujer y colaboradora, la Chanito –quien alcanzara en Italia un destacado prestigio profesional independiente–, lo amparó amplia y lealmente en todo ese largo trayecto, hasta su fallecimiento a los 86 años de edad, en su casa romana de Monte Mario, rodeado de sus hijos y nietos, radicados ya definitivamente en Europa.

Aquí, el entonces más joven de la primera hornada que con Ignacio entró a la Cátedra de Psiquiatría, ha venido a brindarle, en esta muy breve reseña, un profundo homenaje al maestro que nos legara, en lo íntimo de nuestra identidad profesional y personal, una fecunda imagen, la que sabemos también resultó en benéfica influencia vocacional de muchos, cuyos rostros familiares desfilan por la memoria cargada de nostalgias. Conteniendo una pléyade de recuerdos difíciles de sintetizar y transmitir en forma viva a los jóvenes, intento rendir en esta asamblea de la A.P.Ch. un sentido testimonio de admiración y gratitud a quien nos inspiró hasta hoy, cuando me sorprendió siendo ahora el más viejo entre los presentes.

# Dr. Ignacio Matte Blanco

Semblanzas de un pasado lejano.  
Recuerdos de mi amistad

**Dr. Héctor Croxatto R.**

La noticia del fallecimiento de Ignacio Matte me conmovió profundamente. Ignacio había sido uno de mis más cercanos compañeros en la senda de la vida, desde 1924, año el cual ingresamos a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Desde entonces me impresionó como un paradigma de juventud por su fortaleza física asociada a una adultez de intelecto, de seriedad y corrección poco comunes y preocupaciones abiertas a la trascendencia. No sólo en las serias charlas en el pabellón de Anatomía, durante la disección de cadáveres, brotaban de sus labios a menudo inquietantes

preguntas sobre los afanes de la vida, de nuestros destinos, la fe en la inmanencia del espíritu. Gustaba, sin embargo, disfrutar las jocosas incidencias de sus compañeros, pero manifestaba tácitamente una repulsa al discurso trivial y rechazaba toda alusión procaz. Un momento culminante de su carrera, que caló profundamente en su personalidad, fue su incorporación como ayudante a la cátedra de Química biológica y patológica, dirigida por el doctor Eduardo Cruz-Coke L. (designado tres años después de nuestro ingreso a la Escuela).

Como muchos alumnos, Ignacio y yo nos sentíamos fuertemente atraídos por el brillo y el fervor con que transmitía en sus lecciones. Era una versión fascinante de la bioquímica, que estaba surgiendo como una veta iluminadora de la Medicina. El soplo vital que imprimía a sus relatos sobre las hazañas de científicos, atizaban el fuego de la curiosidad y despertaban el deseo de ser protagonistas en descubrir procesos que otros no habían visto; impactaba llegar a saber cómo la genialidad de los bioquímicos les permitía penetrar en la misteriosa y oculta intimidad de procesos metabólicos energéticos que ocurrían en el seno de las minúsculas células.

Se vivía un período en el cual, en pocos años, científicos europeos descubrían hormonas, vitaminas, nuevas drogas, enzimas, etc., en una forma que parecía arrolladora, como nunca la humanidad la había experimentado. Por esas clases, en el ambiente estudiantil floreció un inusitado optimismo por la percepción de que había ilimitadas potencialidades en la investigación biológica y que su impacto en la ciencia y arte de curar enfermos tenía un horizonte impredecible. Este cuadro lujurante de conquistas dejaba al desnudo, en nuestras mentes, el hondo pauperismo de la investigación científica que afectaba al ambiente universitario chileno. Fue en ese período, por la elocuencia y fuerza de los argumentos de Cruz-Coke, que fueron siembra de levadura, que movió a juventudes y a numerosos grupos de seguidores a promover en debates y reuniones acciones para romper con la tradicional apatía por el fomento de la investigación científica en la Universidad. Ignacio sintió profundamente el impacto y fue uno de los militantes más convencidos de apoyar la gesta que se ponía en movimiento. Cruz-Coke invitaba semanalmente a sus colaboradores más directos (que ya eran numerosos) a su casa, en tardes sabatinas, a continuar el debate y a comentar no sólo las últimas proezas de la ciencia sino también los acontecimientos relevantes que imprimían un sello perdurable a la cultura. Recuerdo que en los últimos años de nuestra carrera continuábamos revisando día a día nuestras impresiones. Con Ignacio y Jorge Mardones R. solíamos, en los tiempos libres, caminar por los pasillos de la Escuela cavilando sobre nuestra iniciación en proyectos de investigación, que debíamos obligatoriamente desarrollar para nuestras tesis de graduación. El Laboratorio de bioquímica había empezado a equiparse con algunos nuevos instrumentos, y ya podíamos contar con una base más concreta para planificar alguna investigación inédita.

Estábamos todavía muy lejos de disponer de los medios tecnológicos, pero confiábamos en el auxilio de nuestros nuevos saberes para avanzar. Vivíamos una etapa de la ciencia, en que existía una eficiencia nunca antes alcanzada. Quedaban muy atrás y como incomprensibles los tropiezos que en el pasado encontró la humanidad para descubrir la verdad en variados y fundamentales procesos biológicos, que hoy un escolar de pocos años conoce.

El descubrimiento de la circulación sanguínea logrado sólo en el siglo XVII, por Harvey, en experimentos que no exigían gran tecnología, proporcionó una de las verdades más elementales de la fisiología. Aún más sorprendente nos parecía el caso de la célula ovular, descubierta en el ovario de una perra, realizado por una mera y directa visión ocular por Von Baer, en el siglo XIX; y, así, en ese instante se pudo desentrañar la verdad de cómo se formaba el embrión de los mamíferos, que intrigó a Aristóteles y que por siglos había sido erróneamente explicada.

Sonábamos con la esperanza de ser descubridores, aun con nuestro pobre equipamiento técnico. Recuerdo que en esas reflexiones peripatéticas en las que discutíamos nuestros proyectos, que no aspiraban a realizar grandes proezas en las oscuras honduras de la bioquímica, ya asomaba en Ignacio un foco de preocupación que se profundizaría con los años y que le resultaría fundamental y alucinante. Esta apuntaba hacia la búsqueda de cómo develar los secretos en la profundidad del yo, del ser. Los hallazgos sobre las funciones del diencéfalo, del hipotálamo en la conducta animal; los aportes de la neurología habían revelado, además, enlaces neuronales muy estrechos con la hipófisis, comandando su actividad fundamental. En Ignacio ya se estaba gestando con un ímpetu, que sería cada vez mayor en los años posteriores a su graduación, la fuente anímica para convertirse en psiquiatra, en lograr cristalizar una profunda vocación y ganar poder para desatar los nudos del espíritu sufriente.

Fue una gestación que demoró algunos años, como lo recuerda el Dr. Davanzo, ex discípulo de Ignacio, para imprimir a su condición de médico un rumbo definitivo que se enfilaba hacia el campo de la psiquiatría y el psicoanálisis.

En posesión del título de Médico Cirujano estábamos Ignacio y yo con un expediente que nos permitió, uniendo fuerzas, abrir una consulta médica, nada menos que en la calle Santa Lucía, la que compartimos por menos de dos años. El aportó confortables muebles que poseía

en la casa paterna y yo contribuí a vestir las ventanas con cortinas bordadas, algunos objetos de adorno y sillones de mimbre para la sala de espera, que Viola, la que iba a ser mi esposa, me obsequió. La consulta fue más que nada un sitio de encuentro con Ignacio, que rindió los frutos de una relación más íntima y pude apreciar más a fondo sus cuitas, su esperanzador afán de alcanzar la meta en los senderos de la psiquiatría. Por mi parte, la soledad de la consulta sirvió más que nada para ahondar mis estudios de fisiología. Había sido designado en 1931 profesor de esa disciplina en el Instituto de Educación Física. Eso fortificó mi inclinación por la investigación biológica y decidí abandonar el ejercicio profesional de médico. Por su parte, Ignacio siguió con más tesón su idea de enriquecer su bagaje y experiencia psiquiátrica. Pero los sucesos que se desarrollaron en la joven Facultad de Medicina que había fundado la Pontificia Universidad Católica, debían desviarlo temporalmente de un destino que labraba apasionadamente su espíritu.

Recibí de parte del Rector, Monseñor Carlos Casanueva, por indicación del Dr. Cruz-Coke, la proposición de hacerse cargo de la cátedra de fisiología, porque el profesor que la ejercía y que había sido su fundador, el Dr. Jaime Pi-Suñer, dejaba su cargo. Si bien su permanencia en la naciente Escuela permitió al Dr. Pi-Suñer transmitir a los estudiantes una visión moderna, amena y estimulante de esa disciplina, actuaba en su contra la pobreza de la infraestructura disponible, para satisfacer su más primario deseo de involucrar a sus colaboradores en proyectos de investigación de problemas fisiológicos de avanzada que dieran nuevas luces. Don Jaime, con gran generosidad docente y ejemplar dirección, legó una herencia de enseñanza y devoción que recogieron sus discípulos más cercanos. Ignacio llegó a esa cátedra con gran ilusión, porque había un ambiente fecundado con ideas y de propuestas que esperaban más apoyo. Intentó dar un nuevo impulso creativo en un campo que fuera de su mayor atracción. Su entrega fue intensa en la realización del curso, en el que había que exponer capítulos sujetos a grandes cambios que se enriquecían con nuevos avances. Sin embargo, por la crónica carencia de recursos, tropezaba con la dificultad de poner en marcha las investigaciones que deseaba reali-

zar; tampoco se hallaban fácilmente a su alcance las tecnologías que estaban dando frutos en la línea de mayor avance. Frente a estas dificultades, que por el momento parecían insalvables, logró la autorización del Rector para realizar un muy acariciado proyecto de trasladarse por un año al Laboratorio de fisiología del profesor Evans, director de un centro de secular prestigio, que le permitía alcanzar una rápida y sólida experiencia, dominando técnicas que no era posible realizar en Chile por la falta de implementos. Su viaje ya acordado obligaba a buscar a algún profesor que lo reemplazara en el cargo. El hombre elegido fui yo, y en septiembre de 1933, sin otro título que el de estar desempeñándome como profesor de fisiología en el Instituto de Educación Física (de la Universidad de Chile), inicié mis clases.

Desde su partida perdí contacto con Ignacio, y nunca supe de sus impresiones recogidas mientras estuvo con el Laboratorio de Evans, porque él permaneció en Inglaterra y no regresaría a Chile hasta 1943. Aunque no fue muy explícito sobre su experiencia en ese centro, era evidente que su contacto con los colaboradores que trabajaban junto a Evans no fue una fuente inspiradora de argumentos para abrazar a la fisiología como primera devoción. No encontré allí la luz que buscaba su espíritu inquieto y pronto se vio envuelto y profundamente entregado a las actividades del Tavistock Psychiatric Hospital of London, y allí inició con gran solidez lo que habría de constituir el gran proyecto de su vida. En su particular trayectoria profesional, lúcida y descrita en el artículo en el cual el Dr. H. Davanzo rinde homenaje en su memoria, Ignacio manifestó, venciendo sus vacilaciones espirituales y continuadas preguntas a sus vivencias religiosas, un irrenunciable y exitoso propósito de servir a sus semejantes que sobrellevan trastornos de la psiquis. Su carrera profesional fue rutilante, alcanzando el reconocimiento de sus pares en muchos lugares del mundo; y sus libros y concepciones originales han tenido notable recepción. Si –parafraseando al Conde Keyserling– la felicidad es lograr realizar un proyecto de vida que no se agote, que aliente el desarrollo de la propia personalidad para llegar a ser “uno mismo”, podríamos decir que su labor profesional deparó a Ignacio momentos de inmensa felicidad.

# Dr. Ramón Montero Schmidt

Dr. Lorenzo Cubillos O.



**E**l 19 de julio de 1995, después de sufrir una enfermedad neurológica por más de catorce años, falleció a raíz de un accidente tromboembólico el Dr. Ramón Montero Schmidt. Nació en Santa Cruz el 21 de julio de 1914, siendo sus padres don Lindorfo Montero y doña Teresa Schmidt. Realizó sus estudios secundarios en el Liceo Alemán de Santiago e inició su carrera médica en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en 1931. Perteneció a la segunda promoción de esta naciente Facultad. Fueron condiscípulos suyos, entre otros, los doctores Fernán Dáz B.,

Eduardo Díaz C., Hugo Dooner A. (Q.E.P.D.), Enrique Duval C. (Q.E.P.D.), Hernán Hevia P., Oscar Jiménez P. (Q.E.P.D.), Gustavo Mönckeberg B., Evaristo Santos G. (Q.E.P.D.) y Benjamín Viel V., todos ellos de destacada trayectoria profesional. Obtuvo el título de Médico Cirujano en la Universidad de Chile el 15 de noviembre de 1939, después de aprobar su tesis de licenciatura que versó sobre: "Análisis de los regímenes alimentarios de los hospitales".

Como alumno, fue Ayudante de Anatomía en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1933-1938). Una vez titu-

lado se desempeñó como Ayudante *ad honorem* de la Clínica Médica del Profesor Ernesto Prado Tagle (1939-40). Sin embargo, a partir de 1941, optó por la Pediatría, colaborando *ad honorem* en la Cátedra del Profesor Arturo Scroggie (1941-42) y como Ayudante en las Cátedras de Pediatría de los profesores Aníbal Ariztía (1944-62) y Jorge Howard (1963-67). En esta última se desempeñó como Profesor Encargado de Curso (1968-69). Por sus méritos, alcanzó el título de Profesor Auxiliar de Pediatría, en la Unidad Docente Area Oriente de la Universidad de Chile (1970-72). Sus funciones asistenciales las cumplió en los hospitales de niños "Dr. Roberto del Río" y "Dr. Calvo Mackenna", en la Gota de Leche, en el Patronato Nacional de la Infancia y en el Consejo de Defensa del Niño.

Efectuó cursos de perfeccionamiento, tanto en Chile como en Perú (1937), Argentina (1942) y especialmente en Alemania. En este último país estuvo con los profesores O. Ullrich (Bonn), A. Wiskott (München), H. Hungerland (Giessen) y F. Linnweh (Marburg), en el período 1953-54. Asistió a numerosos congresos nacionales e internacionales, contribuyendo con temas de su especialidad. Fue socio y presidente de la Sociedad Chilena de Pediatría (1959) y miembro de la Sociedad Chilena de Alergia, de la American Academy of Pediatrics y de la Von Haunersche Kinderklinik de München.

Dentro de sus trabajos clínicos se destacan "*Osteopatías en las sepsis del lactante*", "*Fiebre de Haverhill esporádica*", "*H.I.N. en el tratamiento de la tuberculosis infantil*", diversas investigaciones sobre el proteinograma en condiciones normales y patológicas del niño, "*Somatograma en mil recién nacidos*", "*Disproteinemias en la infancia*", "*El reflejo*

*índice-meñique en el recién nacido*", "*Toxoplasmosis ocular*", etc. Además en 1964 y 1966 expuso los "*Objetivos sanitario-educacionales, para áreas rurales, alcanzados en el Plan Barnechea*".

En sus exequias, el Dr. Alberto Gormaz B. dio un testimonio de antigua amistad y admiración, destacando sus rasgos humanos: "*Lo conocí en la Universidad y, desde un comienzo, me llamó la atención su prodigioso entusiasmo por todo lo que emprendía. A pesar de no ceder con sus ideas políticas, mantuvimos una amistad afectuosa e inteligente, sin dar lugar a esas discusiones enojosas que las diferencias de ideas condenan a no llegar nunca a una conclusión satisfactoria.*

*Ramón era muy inteligente y descolló en su actividad profesional. Su gran amor a los niños lo demostró dedicando su vida a ellos, ejerciendo la Medicina con el cariño, la eficiencia y el señorío que le eran tan propios. Muchas veces escuché alabanzas a él por adolescentes y adultos que aún recordaban su imagen paternal y carismática. Me enorgulleció decirles a tales personas que Ramón había sido mi compañero de curso y seguía siendo mi amigo.*

La muerte de un ser querido siempre es un trance doloroso. Sólo podemos mitigar el dolor de la separación, asumiéndola con fe cristiana y con esperanza en la Vida Eterna. Como consuelo terrenal quedan las buenas obras realizadas en el fiel cumplimiento de una vocación de servicio, tal cual lo hizo el Dr. Ramón Montero Schmidt.

Vayan estos pensamientos como testimonio de cristiana solidaridad espiritual con su distinguida esposa, señora Sylvia Balbontín de Montero, con su hija y con su familia.

# E.U. Dora Puelma Cordero (Sor Paula)

## E.U. María Angélica Piwonka

*Título de Enfermera Universitaria de la Universidad de Chile (1972). Docente del Departamento de Enfermería del Adulto y del Senescente, en la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Presidenta de la Sociedad Chilena de Educación en Enfermería*



**E**n mi calidad de académica de la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica y de presidenta de la Sociedad Chilena de Educación en Enfermería, cargo que acabo de asumir, es para mí un gran honor rendir un homenaje en memoria de quien fuera Directora y fundadora de la Asociación que hoy represento, nuestra querida Dora Puelma Cordero.

Nació en Santiago el 24 de junio de 1924, hija de don Hernán Puelma Francino y de doña Sara Cordero Vivanco. Su padre fue militar, su madre una mujer de hogar y acogedora. Tuvieron una familia unida y numerosa.

Como la cuarta entre seis hermanos, todos muy independientes, fue la de comportamiento más ejemplar, siempre respetada, considerada e incluso se convirtió en un modelo para ellos, en su afán de reunir a la familia en forma constante, sobre todo en los últimos tiempos.

Su niñez fue feliz y rica en amistades que cultivó a lo largo de toda su vida.

Estudió en variados colegios, debido a las destinaciones de su padre dentro del país, por eso su infancia estuvo marcada por los viajes. Hizo sus estudios básicos en colegios religiosos

y terminó la educación media en el Liceo N° 1 de Niñas, de Santiago.

*Su carácter era muy reservado, tenía un gran mundo interior. Se preocupó de alimentar su espíritu en la lectura, la reflexión, en su afición por la música, las exposiciones de pintura y la fotografía, obteniendo algunos premios en esta última. Esta condición no es de extrañar, puesto que en su familia, por la rama Puelma, se concentran los artistas: pintores, escultores y fotógrafos.*

Durante su adolescencia comienzan sus problemas de salud, los que le acompañan en toda su vida; sin embargo, esta debilidad en lo físico logra desarrollar en ella una enorme fuerza espiritual.

Al cumplir los 21 años ingresa a la "Congregación del Amor Misericordioso", sorprendiendo a su familia con esta decisión y temerosa de no encontrar su aprobación. Permanece en ella hasta el año 1967, retirándose por motivos de salud. En este período la recuerda Sor Gracia, su gran amiga y compañera por espacio de veinte años, como una persona muy recta, cumplidora, sobria, de fe madura, que sabía captarse a la gente.

Fue un elemento excelente en la Institución, especialmente en el papel de consejera, por su gran capacidad y visión.

Ingresa como estudiante de Enfermería a la Universidad Católica en 1950, como "Sor Paula". Sobresalió por su carácter firme, alegre y excelente alumna. Se titula en 1954, un año más tarde que sus compañeras, por enfermedad. Su examen de grado es calificado con distinción unánime por la comisión, que preside el profesor Dr. Levin.

Terminados sus estudios se dirige a Estados Unidos, becada por la Fundación Kellog, para estudiar Administración de Escuelas de Enfermería.

Inmediatamente después obtiene otra beca para Alemania, donde visita hospitales a objeto de conocer la práctica de enfermería. A su regreso tomó la dirección de la Escuela de Enfermería de la Universidad Católica, en 1960, convirtiéndose en fundadora de la Sociedad Chilena de Educación, en el año 1962, junto a otras cinco enfermeras. Por sus características de líder fue elegida presidenta de la misma.

Trabajó intensamente por la Educación en Enfermería en los primeros cursos de docencia que se realizaban en Amazonas, actualmente Campus Sede Sur de la Universidad de Chile.

Mantuvo contacto con la Fundación Kellog durante todo su período, lo que significó becas

de formación para docentes, entre ellas, las E.U. María Luisa Zúñiga y Olga Polanco.

*Implementó la estructura docente, obteniendo recursos para mejorarla con sistemas audiovisuales, modelos y los primeros libros de Enfermería traducidos en México, además de recursos de movilización, micro, jeep para los estudiantes.*

La gestión de Sor Paula como Directora de la Escuela fue excelente en lo administrativo, seleccionando y contratando a profesionales calificados para impartir la docencia; se caracterizó por enfrentar grandes desafíos, para lograr mantener a la Escuela en el sitio importante como ella sentía que tenía que ser. Fue la primera en el Consejo de Facultad de Medicina en representar a la Enfermería.

En 1967 se aleja de la Escuela en pleno período de reforma universitaria, por sus convicciones, demostrando con ello su lealtad y solidaridad a la autoridad superior.

Entre sus múltiples logros, cabe hacer notar la organización y dirección de la Escuela de Enfermería de la Cruz Roja Chilena, dependiente de la Universidad de Chile, la cual finalmente se fusionó con la existente en esa Casa de Estudios, en la sede Santiago Norte, el año 1971.

Ocupó cargos de gran distinción en el país, llegando a ser organizadora de Enfermería en la Asociación Chilena de Seguridad, Enfermera Subjefa de la Clínica Alemana y en el extranjero como consultora de la Organización Panamericana de la Salud, en Ciudad de México.

En los años 70 se conformó una comisión para estudiar modificaciones al examen de grado. Participaban en ella las destacadas académicas de enfermería Doris Krebs, Mary Fraser y Rebeca Flaquer. Me integré en esta actividad como representante de las estudiantes de Enfermería de la Universidad de Chile.

Todos quienes la conocimos como alumnos o colegas, admiramos en ella sus condiciones personales, sus sólidas convicciones de principios e ideales, su trato fino y delicado con todos los que la rodeaban en el ámbito académico y hospitalario, pero, por sobre todo, su tenacidad por lograr excelencia en la formación de las profesionales de Enfermería.

Nos encontramos al final de su enfermedad en el Hospital de la Universidad Católica, donde fue atendida con especial dedicación por los doctores Carlos Quintana y Lorenzo Cubillos.

Fui a verla acompañada de una colega y amiga el mismo día en que fui electa como presidenta de la Sociedad de Educación. Me impresionó su lucidez. En su rostro mostraba una

dulzura especial, al tiempo que manifestaba su pesar por no haber podido asistir a la beatificación del Padre Hurtado, pero segura de que estando en la misma pieza en que él falleció, esperaba confiada en que él la recibiese.

Al entrevistar a Reina Pérez, amiga y colega, y a Lilian Viveros, ex Directora de esta Escuela de Enfermería, ambas académicas de la Universidad Católica, elogiaron su rectitud y generosidad anónima a muchas personas, entre ellos a los necesitados, a los sufrientes y en forma especial a los sacerdotes enfermos, como asimismo su espíritu luchador en el desarrollo científico de la profesión.

Dora para sus colegas y Meche para familiares y amigos, nos deja un ejemplo de fe y hu-

mildad, que se tradujo en una entrega de amor y valentía para aceptar y seguir los caminos de Dios.

Su mensaje a las nuevas generaciones de Enfermería dice: *"Miren siempre al enfermo con toda la dignidad de la persona humana, pues la naturaleza de ésta tiene un destino eterno, es decir, es eterno como Dios. Cada persona es un valor único, es un valor infinito"*.

Dora Puelma, tu mensaje seguirá iluminando no sólo a las alumnas, sino a la Sociedad Chilena de Educación en su misión de velar por la calidad de la formación en Enfermería.

Gracias por tu legado, por ser un ejemplo a las nuevas generaciones.

# Testimonios sobre Sor Paula Puelma

(E.U. Dora Mercedes Puelma Cordero)

**Dr. Lorenzo Cubillos O.**



Alumnas del Primer Año de la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1950), en una clase práctica de Microbiología. Observan, Sor Paula entre ellas, la demostración del docente, Dr. Lorenzo Cubillos O.

Como complemento a la excelente semblanza de la E.U. Dora Puelma C. publicada por la E.U. Rina Pérez A. (Horizonte de Enfermería, año 2- N° 2: 42, 1991) y al hermoso homenaje de su colega, la señora María Angélica Piwonka, deseo entregar algunos testimonios personales.

La conocí como Sor Paula y para mí, siempre fue Sor Paula, como alumna de nuestra Escuela de Enfermería, como consejera, como paciente y sobre todo como cristiana integral, condición que jamás cambió.

a. Como alumna de la Escuela de Enfer-

mería "Isidora Lyon de Cousiño", dependiente del Instituto Cristo Rey, creado por la Congregación de las Religiosas "Esclavas del Amor Misericordioso de Jesús y de María". En 1950, al abrir sus puertas esta nueva Escuela—destinada inicialmente a la formación de religiosas enfermeras— dos miembros de dicha Congregación, Sor Paula del Espíritu Santo Puelma y Sor María de la Eucaristía Palma, se incorporaron a su primer curso de doce alumnas de las cuales el resto era un selecto grupo de jóvenes seglares. De ellas recuerdo, entre otras, a las señoritas Elba Alvear D., Teresa Estrada F., Olga

Melkonian C., Eliana Moreno, Lilian Muñoz S., Alicia Peña E. y Adita Rodríguez O.

Sor Paula impresionaba por su estampa ascética y delicada, que irradiaba bondad y paz interior. Eran notables su clara y madura inteligencia y su dedicación al estudio, por lo que se destacó como alumna, sin dejar por ello ser noble y leal compañera. Aprobó con excelencia el Curso de Microbiología que estaba a mi cargo.

b. **Como consejera.** A fines de 1958, después de cumplir un importante período formativo en el extranjero, regresó a Chile. A la sazón, me desempeñaba como Médico Residente Jefe en el Hospital Clínico de la Universidad Católica y enfrentaba una delicada problemática personal, que Sor Paula conoció en profundidad, por una circunstancia especial. Su valioso y oportuno consejo repercutió en la feliz resolución de mi problema.

c. **Como paciente.** En el otoño de 1995, a través de Sor Gracia Salazar\*, antigua amiga y compañera de su Congregación Religiosa, supe que la aquejaba una avanzada enfermedad neoplásica. Lo que me indujo a visitarla. Se produjo un reencuentro que removió una amistad de más de cuarenta años. Su estado físico estaba comprometido. Su actitud era tranquila y resignada, muy posesionada de su rol de paciente; su mente estaba totalmente lúcida. Me manifestó su confianza, pidiéndome que participara en su atención médica, lo que obviamente acepté, como colaborador de su médico tratante, el Dr. Carlos Quintana V. Por una circunstancia providencial supe que ocupaba la misma pieza donde sufrió su enfermedad y murió el Padre Alberto Hurtado, lo que le causó gran emoción y diría, también, satisfacción.

En un frecuente diálogo fraterno hubo muchas reminiscencias de su época de estudiante y de enfermera. Volví a apreciar en toda plenitud su fortaleza espiritual; se interesó por mi trabajo histórico de la Facultad de Medicina y me obsequió la fotografía que encabeza este homenaje. La visité diariamente como médico y amigo y la acompañé hasta que se cerraron sus ojos.

d. **Como cristiana integral.** En la conversación cotidiana, durante su permanencia en la Clínica, pude captar que su fe, su piedad y su espíritu religioso se habían acrecentado a través del tiempo, a pesar de que muchos años antes –por motivos de salud– se había separado

Agradezco a Sor Gracia Salazar la oportuna comunicación del estado de salud de Sor Paula, lo que me permitió contactar con ella. Además, le expreso mi reconocimiento por el aporte de datos biográficos de los últimos años de la vida de la paciente.

de la Congregación, en la cual había desempeñado cargos directivos de importancia y con la que mantuvo excelentes relaciones hasta el final de su vida. Además de sus logros en el área de la Enfermería, destacados por la E.U. María Angélica Piwonka, supe de su constante afán de servicio en el campo social y pastoral. Su acción se extendió desde aquel pequeño Policlínico Parroquial de Curacaví, al comienzo de su vida como religiosa, hasta la distribución de la Sagrada Comunión a los enfermos en la zona Cordillera de Santiago, en los últimos años, como ministro extraordinario de la Pastoral a solicitud del Párroco de San Ramón. En 1993 el Obispo Castrense, Monseñor Joaquín Matte Varas, le otorgó el título de Catequista, labor que cumplió en el Hospital Militar.

Recogió el ardiente mensaje de S.S. Juan Pablo II y manifestó su inmenso amor a la patria al unirse a la Cruzada Mariana Nacional de Oración por la Paz, cuando ésta fue amenazada en el diferendo chileno-argentino de 1979.

Compenetrada del espíritu unitario y solidario de nuestra Santa Madre Iglesia, su solicitud por la santificación de los sacerdotes tuvo un lugar predilecto en su oración. Más aún, se preocupó, de un modo especial, por atender las necesidades de aquellos Ministros de Cristo ya ancianos o aquejados por la enfermedad. Al igual que el Padre Alberto Hurtado, había hecho muy propio el gratificante concepto del Cuerpo Místico de Cristo y podríamos decir, sin exagerar, que repetía con San Pablo: *"Ahora me gozo en los padecimientos a causa de vosotros, y lo que en mi carne falta de las tribulaciones de Cristo, lo cumplo en favor de Su Cuerpo, que es la Iglesia"* (Carta a los Colosenses, 1, 24).

En la mañana del 9 de mayo de 1995, plácidamente entregó su alma al Señor aquella notable alumna y primera Directora religiosa de la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile. La misa de exequias fue oficiada por su director espiritual, el obispo castrense Monseñor Joaquín Matte V., quien en la homilía destacó la conformidad de Sor Paula con la voluntad del Señor, su madurez para afrontar la muerte y su enorme deseo de encontrarse con Jesús.

Nuestra Institución, junto con reconocer su fructífera obra, expresa a Dios su inmensa gratitud por habernos dado a conocer un ser tan privilegiado como fue Sor Paula Puelma y pide a El, que su ejemplo ilumine, oriente y fortalezca el espíritu de todas aquellas jóvenes que hayan optado por la abnegada y noble carrera de la Enfermería Universitaria.

# Don Carlos A. Vial Espantoso

**Dr. Alfredo Pérez Sánchez**

*Profesor Titular y miembro del Departamento de Obstetricia y de Ginecología de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Maestro de la Gineco-Obstetricia Latinoamericana. Otros datos biográficos, ver en REMUC 5/87, p. 52.*



Nació en Lima en el comienzo mismo del siglo XX. Fue el segundo hijo del matrimonio de doña Cristina Espantoso, distinguida dama ecuatoriana, y don Javier Vial Solar, agricultor, escritor, periodista y Ministro Plenipotenciario de Chile en Perú y en Brasil en el gobierno de don Jorge Montt.

Desde sus primeros años, viviendo en el fundo Mabile y en su querida casa de Moneda 808, conoció los ajetreos políticos, diplomáticos y agrícolas de la época a través de la actividad de su padre, recibiendo, entretanto, una sólida formación religiosa.

Ingresó al Colegio de San Ignacio a los seis años de edad, egresando a los quince. Allí conoció al Padre Fernando Vives Solar, cuya impronta acompañaría a Carlos por casi un siglo.

En 1916 ingresó a la Escuela de Leyes de la Pontificia Universidad Católica de Chile y, después de aprobar con distinción su tesis, recibió en 1923 el título de abogado.

No obstante, muy pronto decidió que la orientación fundamental de su vida no se encontraba en los Tribunales ni en las Cortes, y después de no pocas dificultades logró obtener una

acción de la Bolsa de Comercio de Santiago que le permitió actuar como "Corredor". Aquí se inicia un período que marca la vida de don Carlos: permaneció en la Bolsa de Comercio desde 1923 a 1938, llegando a ser su presidente en 1933. En este período, gracias a su espíritu de observación, imaginación, inteligencia y su denodado espíritu de trabajo, logró obtener ingentes utilidades en las transacciones bursátiles, las que en algunos años lo transformaron en un acaudalado empresario.

En 1923 casó con doña Anita Castillo Sánchez, quien le entretendió su hogar mientras él conquistaba el mundo. Apacible, hermosa, inteligente, le dio siete hijos, cinco niñas y dos niños, que, de acuerdo al testimonio de don Carlos, tuvieron el más feliz de los hogares. Estos siete hijos le dieron cuarenta y cuatro nietos y más de cincuenta bisnietos que constituyeron su gran familia.

En 1938, junto a un grupo de empresarios amigos, compró mayoritariamente las acciones de la Compañía Sud Americana de Vapores, empresa que en un lapso de cinco años fue transformada en una de las más vigorosas e importantes del país, llegando a ser su presidente en 1941, a los cuarenta y un años de edad. Luego creó el Banco Sud Americano, siendo su presidente desde 1943 hasta 1949.

En 1950 se incorpora vigorosamente a la política al aceptar el cargo de Ministro de Hacienda, durante el gobierno de don Gabriel González Videla, momento en que fue elegido por los periodistas el hombre del año. Treinta años después él recordaba: "*En un año la inflación descendió del 16 al 8%, el cambio libre descendió de 98 a 88 pesos por dólar, el índice de los jornales fue incrementado en un 32%. Estabilicé el dinero circulante y la balanza de pagos*".

En 1957 fue elegido Senador de la República, por la circunscripción de Talca, Linares, Maule y Curicó, permaneciendo en la Cámara Alta hasta 1965.

En 1946, llamado por don Carlos Casanueva, fue Consejero Económico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, integrando su Consejo Superior, cargo que mantuvo hasta 1967.

Entre otras de sus actividades empresariales es preciso destacar la presidencia de la Radio Cooperativa Vitalicia, de Vestex, de Embotelladora Andina, de la Caja Central de Ahorro y Préstamos.

Su función agrícola la inicia muy joven, quizás por recuerdo de la actividad paterna. En la década del treinta adquiere el fundo "Los Jaz-

mines", en Melipilla, con posterioridad Huentelauquén, que preocupó su atención hasta sus últimos días.

Su inquietud interior desbordante lo llevó a escribir ensayos y novelas, *Cuadernos de la comprensión social y la realidad nacional* y *Cartas de un viejo*, que obtuvo el Premio Municipal de Ensayo, entre los primeros. Entre sus novelas, *David Romanesco*, prologada por Alone, y *Escala Celeste* fueron sus obras más destacadas.

Su filantropía lo llevó a contribuir con ingentes recursos a múltiples obras de bien común, especialmente en el campo de la salud. La Pontificia Universidad Católica, especialmente su Facultad de Medicina y más específicamente la Maternidad del Hospital Clínico, recibieron su generosa ayuda.

Su primera donación destinada a aliviar el dolor de los enfermos fue concretada en 1937, aportando los recursos para construir una nueva sala del Hospital de Melipilla, que lleva el nombre de don Javier Vial Solar. En 1944 entregó una importante donación al Hospital del Salvador y diez años más tarde contribuyó al desarrollo del Servicio de Urología de ese mismo hospital.

Como Consejero de la Universidad conoció los problemas y necesidades de ésta y especialmente las del Hospital Clínico. En 1954 percibió la necesidad de que el Hospital Universitario tuviese una Maternidad en la que se pudieran formar los alumnos de las escuelas de Medicina y de Enfermería en un campo tan trascendente para los médicos y enfermeras católicos. Ese mismo año entregó a la Universidad los recursos necesarios para la creación de la Maternidad. El 4 de octubre de 1960 se inauguró la "Maternidad San Ramón", nombre especialmente elegido por don Carlos. Meses después en esta recién creada Maternidad se impartía la docencia obstétrica de la Escuela de Medicina.

En 1984 hace otra importante donación a la Universidad Católica, con el fin de remodelar y agrandar la Maternidad del sesenta, para que se adaptara al aumento de los alumnos de la Escuela de Medicina y de Enfermeras Matronas, a fin de que éstos no tuviesen que concurrir a otros campos clínicos para su formación. Para la administración de estos recursos se creó la "Fundación San Ramón", que, sabiamente presidida por Isabel Margarita Vial Castillo, ha constituido una ayuda permanente para el Departamento de Obstetricia y Ginecología.

Entre otras muchas donaciones de don Carlos no puedo dejar de recordar la Fundación Parque

Familia El Arrayán, sus aportes generosos al Hogar de Cristo y a la Fundación Mi Casa, el financiamiento de cientos de operaciones de cirugía cardíaca en INDISA. Sin embargo, personalmente, una de sus contribuciones que más me impresionaba, era ese tremendo montón de sobres que mes a mes aparecían sobre su escritorio y que manos anónimas retiraban para el beneficio de muchos.

No es raro entonces que a don Carlos A. Vial E. se le otorgase el 21 de diciembre de 1987 la Condecoración Presidente de la República, Orden de Cruz del Sur, como homenaje a toda una vida dedicada al servicio de la patria, de la Iglesia, de la Pontificia Universidad Católica y de los más necesitados. El también había recibido durante su desempeño como miembro del Consejo Superior de la Universidad la Condecoración Pontificia de San Silvestre. Otra distinción que apreció mucho fue su nombramiento como Miembro Honorario Único de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales.

Permaneció física e intelectualmente activo, especialmente preocupado del devenir nacional y de todos los miembros de su familia y de sus amigos, hasta pocas horas antes de dejarnos

para siempre, aquí en su querido Hospital de la Universidad Católica, a los noventa y cinco años de edad, el 3 de mayo de 1995.

Distinguido empresario, hombre público y filántropo; gran creador, gran organizador, gran defensor de sus ideales. Luchó denodadamente por establecer una política empresarial en la que el trabajo fuese considerado en forma igualitaria al capital, única forma, según sostenía, de obtener una verdadera justicia social. También luchó tenazmente por seguir y encauzar su vida de acuerdo a las enseñanzas del Hijo del Carpintero de Nazareth. Conocía los Salmos, el Libro de los Profetas, que corrientemente citaba, y, como el Antiguo Testamento, también conocía y releía permanentemente los Evangelios. Amaba a Cristo y temía a Belcebú. Amaba la justicia y la paz, sosteniendo que era *"inútil pretender la paz en el mundo sin luchar contra la injusticia"*.

Sirva esta apretada reseña para rendir un homenaje a este hombre de bien, que tanto ayudó a nuestra Universidad, a nuestra Escuela de Medicina y a nuestra Maternidad. Como recuerdo nos queda la "Fundación San Ramón", que estoy seguro mantendrá siempre presente su nombre y su recuerdo entre nosotros.



Don Carlos Vial E., acompañado del Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Rodolfo Rencoret D., del Jefe de la Maternidad, Dr. Alfredo Pérez S., y de la Matrona Jefa, señorita Lidia Celis C., el día de la inauguración de la Maternidad "San Ramón".

## Ad Endum

Estando en prensa este número de la Revista, hemos tenido conocimiento que el 2 de noviembre de 1995 falleció el Dr. JULIO SANTA MARIA SANTA CRUZ, distinguido docente de nuestra Escuela de Medicina. Junto con expresar nuestras más sinceras condolencias a su familia, le informamos que se publicará un homenaje al Dr. Santa María en el próximo número de REMUC (14/1996).

Esta Revista NO TIENE FINES DE LUCRO, sólo aspira a contribuir a la formación integral de los miembros de nuestra comunidad académica, difundiendo mensajes humanísticos cristianos y dando a conocer las principales actividades anuales desarrolladas por nuestra Facultad de Medicina.

Se agradece todo aporte económico voluntario que permita el financiamiento y la continuidad de esta publicación.